

Hipótesis sobre la actualidad o in/actualidad del Movimiento Pedagógico

Movilización de ideas que produce saber pedagógico

El Movimiento Pedagógico, aunque tiene momentos de alza y de baja, no desaparecerá mientras subsistan las razones que provocaron su emergencia.

POR: Luís Fernando Escobar C.

Pedro Pinilla Pacheco¹, terciaba en el debate sobre la reforma de la educación superior en 2012, hablando del fin de la educación, no de los fines que han sido preocupación del movimiento pedagógico. Su planteamiento advertía sobre el curso que ha tenido la política educativa en los últimos años para sustituir el derecho que consagra la Constitución, por una política de “formación de capital humano” que es lo que se orquesta en las pruebas “PISA” y encuentra resonancia en el “sesudo” estudio de la organización empresarial Compartir, titulado “*Tras la excelencia docente*”.

¿Qué ha pasado con toda esa difusión y movilización de ideas que, por lo menos, desde el Congreso de FECODE del 82, se ha reconocido como Movimiento Pedagógico (MP)? ¿Qué relación ha existido realmente entre sus postulados y las decisiones de política educativa en el orden nacional?

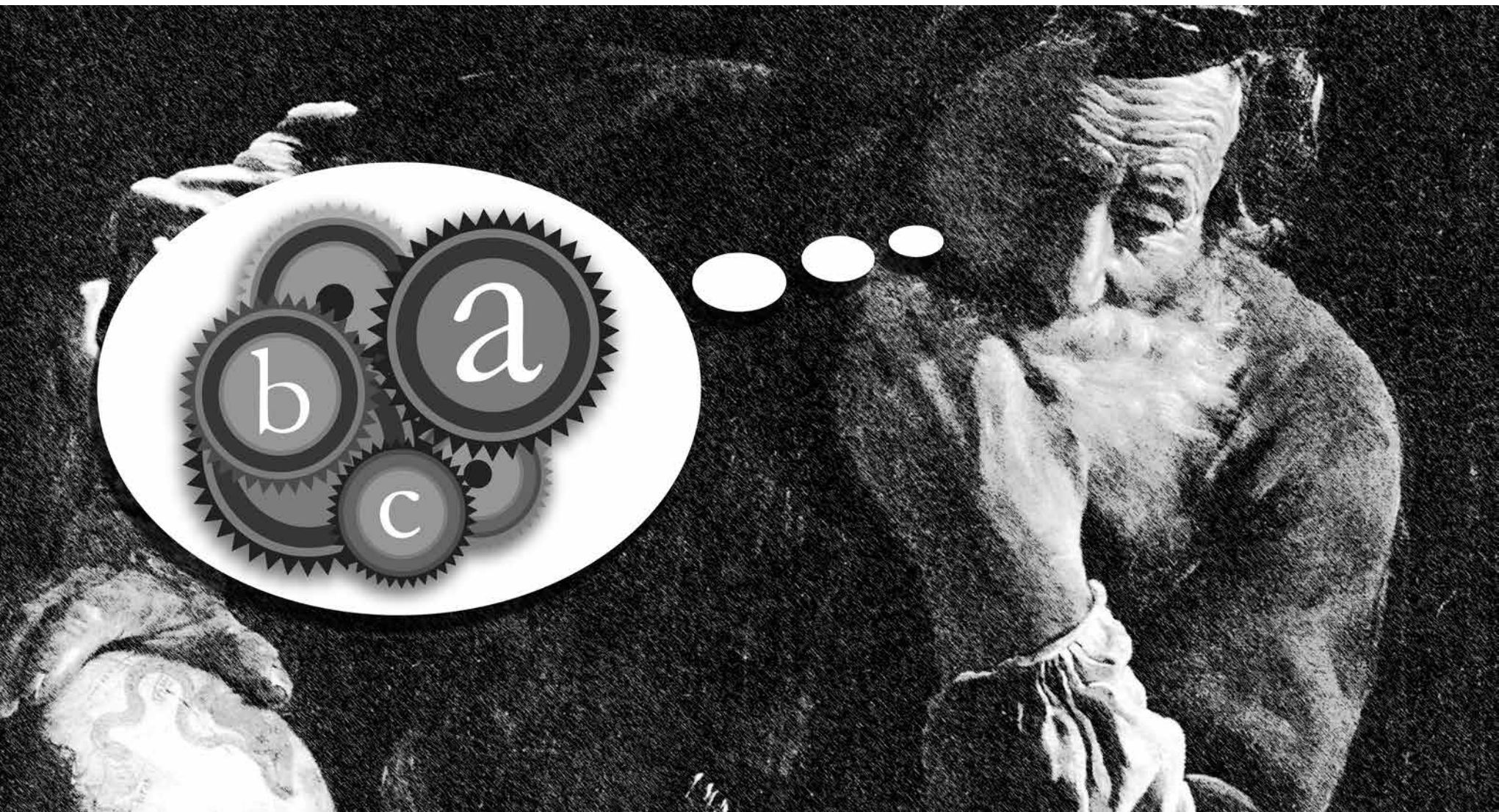
La “Expedición Pedagógica Nacional” daría cuenta de los desarrollos del Movimiento Pedagógico (MP), evidenciando una cantidad importante de experiencias, libros o artículos producidos por grupos de maestros y/o académicos, que de manera directa o a través de redes, han generado toda una movilización de ideas que produce saber pedagógico desde distintos lugares de la geografía nacional. Sin embargo, el diseño curricular, que empezó a implementarse en el país desde principios de los años 60, no ha parado de copar la institucionalidad educativa, incluso, cooptando logros

o construcciones del MP, pero despojándolos de su potencial transformador para adecuarlos a los intereses de la sociedad del capital; en su propósito de desplazar a la pedagogía de la Escuela.

Desde las anteriores consideraciones, resulta válido preguntarnos hoy: **¿Qué tanto hemos avanzado en la resolución de los asuntos que significaron la irrupción del MP desde hace ya más de 30 años? y ¿qué tanto ese afán, es compartido hoy, por un núcleo significativo de educadores?**

Esas son, apenas, algunas de las preguntas que suscita una lectura atenta de los “Fundamentos y propósitos del Movimiento Pedagógico” desde que se reconoció su existencia en aquel Congreso de 1982.

Una mirada sobre la Historia de la educación en Colombia permite entender lo que afirmara Abel Rodríguez² sobre la precariedad de la formación pedagógica de los maestros que salían de las Escuelas Normales hacia 1965, lo que sirve para tener una idea más precisa sobre las fortalezas y las debilidades estructurales del Movimiento Pedagógico, muy importante, para comprender su devenir y entender, el por qué de la vigilancia y la disputa sobre los saberes pertinentes a la educación y las apropiaciones selectivas que se hicieron de las pedagogías activas que, según el ideario de los partidos tradicionales, se nos impuso, con algunos interregnos, casi inmediatamente después de la independencia hasta el período de la hegemonía conservadora ya mediando el siglo XX.



¿Cuáles son las conclusiones, entonces, a que podemos llegar, sino por el acaecer de la pedagogía durante los siglos XIX y XX, de la educación? ¿Cómo podríamos afirmar, que ya hemos entrado en la modernidad pedagógica, cuando no son el pensamiento crítico, la educación de la razón y la capacidad de juzgar, cada uno, por sí mismo, sino, la creencia, la confesionalidad, el fanatismo político o el deslumbramiento de ideas “bien” construidas que adversan con la construcción de la autonomía del pensamiento, lo que sigue rigiendo nuestras mentes, manteniéndonos bajo el control de un poder externo que aparece como institución educativa, iglesia, medios de comunicación, empresa capitalista, etc., etc.?

Respuestas posibles a las preguntas que aquí formulamos, no podrían ignorar, el movimiento de ideas que conmocionaron, especialmente al mundo occidental, en el período de la postguerra que precede a la irrupción del Movimiento Pedagógico, incluida la emergencia y proyección de la doctrina neoliberal.

Toda esa inconformidad con el nuevo orden mundial impuesto, que significaba la reorganización del capitalismo como sistema dominante después de las dos guerras que asolaron este mundo en la primera mitad del siglo XX, necesariamente habría de derivar en una proliferación de ideas de liberación que, desde las ciencias sociales, darán cuenta del desarrollo de un pensamiento latinoamericano³, anunciado, entre otros acontecimientos, en la apropiación de las tesis del Concilio Vaticano II, en la CELAM de Medellín (1968).

Es, desde el reconocimiento de ese devenir histórico, cultural, sociológico, económico, político y pedagógico que consideramos pertinente plantear las siguientes hipótesis:

H1: El movimiento pedagógico no irrumpe por azar en el ámbito nacional. Habría que leerlo, no sólo, como el producto de una iniciativa particular que se origina en un inquieto y progresista grupo de maestros sindicalistas, educadores populares y académicos colombianos que reconociendo la magnitud de los problemas del campo educativo, se propone su transformación invocando el reconocimiento de la pedagogía como el saber que fundamenta dicha acción, sino también, como movimiento de impugnación y disenso contra las pretensiones hegemónicas del capitalismo por afianzarse como modelo de acumulación, sometiendo el desarrollo de las sociedades nacionales a sus particulares intereses.

La realidad actual de la institución educativa, da cuenta de una lucha, a veces soterrada, otras abierta, contra la pedagogía como saber que fundamenta la educación. No sólo las directivas ministeriales o los decretos que modifican los requerimientos para ser maestro en beneficio de una lógica instrumental, sino, la forma como se organiza la Escuela, las valoraciones que sobre el saber se hacen en la cotidianidad de la vida social, regidas por la prevalencia de unas ideas fincadas más en el desarrollo como máxima explotación de la naturaleza y de las personas, son las armas que el sistema vigente impone para desterrar a la pedagogía de la Escuela y frente a las cuales, ella no puede defenderse, sin atender exigencias de rigor y profundización en el saber sobre lo humano.

H2: Por ser expresión de un movimiento de carácter global que emerge, en parte, por la resonancia que genera la necesidad de impugnar ese “naufrago de la razón” que se produjo en la primer mitad del Siglo XX y que, todavía nos arrastra, el Movimiento Pedagógico, aunque tiene momentos de alza y de baja, no desaparecerá mientras subsistan las razones que provocaron su emergencia⁴.

Si no mantuviésemos la mirada, puesta solamente sobre algo que hemos considerado nuestro producto, lo que hemos podido gestar y, de alguna manera, controlar; incluso, lo que, hasta cierto punto y desde ciertas miradas, se sigue considerando como un patrimonio de la organización sindical, podríamos reconocer que, no obstante su relativa invisibilidad,

subsisten muchas manifestaciones de movimiento pedagógico, si lo entendemos, ya no tanto, en su dimensión de movilización masiva y orgánica, sino en su dimensión, no despreciable por cuasi/ clandestina, de un conjunto de acciones que aún pudiendo aparecer como desarticuladas e inconexas, significan la reivindicación de la pedagogía, como saber que ha de tener un lugar prioritario, en los procesos de formación, ya sean estos de carácter público o privado, formal o no formal.

H3. No obstante las peleas que se plantearon contra el diseño instruccional, estas no han logrado hacerlo retroceder, porque realmente lo que se les opone no son tanto planteamientos pedagógicos, que pudiesen lograr arraigo en los maestros, como propuestas político-organizativas – v.gr: “el maestro luchando también está educando”- que, en razón de sus desacuerdos de fondo, no alcanzan a configurar una postura coherente ni en lo pedagógico, ni en lo político.

Lo que tendríamos que admitir como cierto en este sentido es que quienes estábamos, o estaban, al frente de la dirección sindical, brillábamos, en términos generales, por la carencia de iniciativas para orientar pedagógicamente la lucha magisterial; no podíamos hacer distinción, por ejemplo, entre la didáctica y la pedagogía, para sacarle partido al debate contra el diseño instruccional, ni podíamos reconocer las variaciones de la relación educativa cuando el centro de ella pasa de la enseñanza al aprendizaje, resultándonos casi imposible hacer de la clase un espacio real de la lucha contra el susodicho engendro, mientras contrario a ello, esperábamos como una tabla de salvación, que nos llegasen los libros de texto de las editoriales.

H4. En una sociedad de profundas inequidades como la nuestra, el lugar del maestro está junto a sus educandos, cumpliendo la tarea de contribuir al desarrollo de su capacidad de leer el mundo⁵ y construir desde ahí, una conciencia transitiva crítica⁶ que les permita definir y asumir el que hacer que les reclama su necesidad de emancipación.

Con la consigna de que “*el maestro, luchando también está educando*” centramos nuestras luchas en la movilización y, muchas veces nos negamos la posibilidad de aprovechar los espacios del paro para desarrollar procesos de formación que pudiesen involucrar maestros, estudiantes y padres de familia. No obstante los destacados aportes de la Educación Popular.

H5. En un mundo dominado absolutamente por minorías, en el que la democracia devino puro manejo mediático y de aparatos “representativos” –también mediáticos, una educación de calidad sólo es aquella que apunta a revertir la lógica de concentración de poder, implícita al modelo de acumulación.

El primer paso para contribuir a esa reversión, está en asumir lo que ha sido el aporte principal de la educación popular: “educar en y para la libertad”, como propone Freire; lo cual, tiene al menos dos características fundamentales: empezar con los niños, el proceso de aprendizaje de la lectura y la escritura, con la lectura del mundo, porque, es desde ahí, que el educando gana la riqueza de las palabras –vocabulario– necesaria para pensarlo, recrearlo y poder decir de él; es decir, hacer del mundo de la vida objeto de conocimiento. La otra característica es la dialogicidad porque, como señalaba el mismo Freire⁷, “nadie educa a nadie, nos educamos, en comunión y el mundo es el mediador.”

H6: Una revisión de los desarrollos del Movimiento Pedagógico en lo concerniente al debate que se ha sostenido sobre la calidad de la educación, nos dice que, efectivamente, mientras hablamos de ésta, como si se tratara de un absoluto que nos baja del cielo y no de algo cuya tasación es eminentemente política, estamos pasando de la discusión sobre los fines a la discusión sobre el fin de la educación para quedarnos apenas en la instrucción.

“nadie educa a nadie, nos educamos, en comunión y el mundo es el mediador”

1 Véase Pinilla, Pedro en “El fin de la educación y la deificación de la formación de capital humano”, doc. 02.07.2012.

2 Véase: Hernán Suárez (Comp.) Veinte años del Movimiento Pedagógico en Colombia 1982-2002. Entre mitos y realidades. Bogotá, 2002.

3 Op. C. (p. 15 y ss.)

4 Véase, Tarrow Sidney. El poder en movimiento: Los movimientos sociales y la acción colectiva y política. Alianza edit. (...), pp: 19, 22, 24 y 25).

5 Véase, Freire Paulo en Pedagogía de la tolerancia (Organización y notas de Ana María Araujo Freire). FCE. B. Aires (Arg.) 2007: 56, 66).

6 Véase: Freire, Paulo en “Educación como práctica de la libertad”. Siglo XXI edit. 49 edic. (2001: 54).

7 Freire, Paulo. “Pedagogía del Oprimido” Siglo XXI editores, 53 edic. (2000:86)